

# El bandolero de Volpe

**H**e aquí algunos bandidos que han pasado a la literatura chilena: Ciria-co Contreras, Eloy, el Corralero. Es decir, aquellos que surgen de los cuentos y novelas de Rafael Maluenda, Carlos Droguett y Enrique Volpe. Droguett y Volpe tenían ante Maluenda vara muy alta: Hernán Díaz Arrieta decía que "nadie ha superado a Maluenda en la creación de bandoleros y hombres que viven en la vida peligrosa". Y esto es lo que piensa Volpe. Pero hablo de bandidos que matan y mueren a cara descubierta. Los bandidos de hoy matan y roban detrás de un banco, en las ingentes lavanderías de dólares, en las internacionales del bicarbonato o en los servicios secretos que actúan a la luz del día. Agreguemos a los bandidos de cara descubierta -que matan y mueren en la novela de Enrique Volpe ("Responso para un bandolero", LOM Ediciones, 1996)-: el Huiro, el Flaco Manuel, Juanito Vega y otros forajidos que merodeaban por Recoleta, Vivaceta, El Salto, Huechuraba, los cerros de Chicureo, Colina, Renca, Quilicura, Barrancas o en el interior de El Melón, mientras cantaba el Chivato Marín o se deslizaba el Pililo en Escabeche.

El bandolero de Volpe no muere acosado y disparando, como el Eloy de Droguett. Esa agonía, mucho antes de morir y cuando se va a morir es, de alguna manera, tan alucinante como la agonía del Corralero, aunque éste muere en "la devastación de los años", mientras llega una repentina tormenta de otoño, a los 96 años, hundido en la modorra donde se hunde el viejo bandido, sentado en un viejo sillón y aterrado por "el pavoroso árbol con hojas como caprichosas máscaras que cubren rostros de bandoleros que existieron en el pasado". Es -ahora- todo un señor bandolero respetado por los vecinos. Protegido y admirado, además, por los políticos del Partido Conservador. Todo esto entre 1920 y 1930.

Son maneras distintas de vivir y morir, sobre todo de morir, y tan trágica una como la otra. Es la nostalgia obsesiva de la novela de Volpe, la metáfora extendida de los años perdidos de su niñez y de su juventud. "Para él se estaba abriendo una gran puerta invisible por la cual -escribe Volpe- retrocedían los relojes de la eternidad y entraba en una zona muerta de su pasado".

El mismo arquetipo del bandido adquiere connotaciones distintas en estos tres escritores. También técnicas distintas. Lo que cambia en el libro de Volpe no es sólo la técnica, que es fácil de distinguir en Droguett. Los largos monólogos de "Eloy" están escritos como para ser oídos, lo cual, tal vez, indicaría no una intención deliberada, sino la toma de contacto con capas del lenguaje del español que se habla en Chile, aunque está clara la distancia a que se coloca. Son monólogos que avanzan en grandes meandros, ligados por el tejido de los objetos bañados por lo visceral y la corriente del desamparo religioso, a veces blasfematorio. La técnica es, de alguna manera, faulkneriana, aunque muy personal.

Lo que cambia en Volpe es el entorno y lo que se cuenta desde el entorno.

El paisaje de Maluenda apenas existe, ni debía existir por la manera rápida con que va al desarrollo de la acción. El paisaje apoya, nada más, y sirve para subrayar el relato. En Droguett la tragedia se mueve desde la crónica que se abre en la corriente del pensamiento. En Volpe está tramada a partir de la infancia de niño pobre y patipelado del personaje, y de allí a la naturaleza, vista con el conocimiento de la experiencia directa que se transforma en magia. Y ésta no brota del libro sino del que escribe con conocimiento de causa. En este sentido, uno podría preguntarse si, al convivir con aquellos bandidos, Volpe habla como aquel abate del Renacimiento que hablaba del infierno por haberlo visitado



*EL poeta Miguel Arteche, Premio Nacional de Literatura 1996 y colaborador habitual de "Punto Final", nos visitó para compartir la alegría de esta revista por su premio. Café, té y galletitas constituyeron el agasajo. El resto, conversación agradable y festiva. En la foto: Miguel Arteche con Hernán Soto, Sergio Villegas y Manuel Cabieses de la redacción de PF.*

por lo menos temporalmente. La metáfora del puma y el cóndor, trabados dentro de la sangre del bandolero, se mueve como estribillo a lo largo del libro. Es como la picante chicha de Quilicura de aquellos tiempos. O como los recuerdos de tropillas de mulas de carga, huasos borrachos, perros de rancho, culebras que maman la leche invisible de las mujeres que mueren jóvenes. La metáfora, en estos casos, no es adorno ni aparece despegada de lo que se narra, sobre todo cuando se extiende a la magia. Volpe da una lección que viene de su oficio de poeta, y de poeta que sabe el valor de la metáfora y no la emplea como nuevo rico, que es lo que suele ocurrir con algunos novelistas barbados. Es sobrio cuando debe ser sobrio, y pródigo cuando es necesario ser pródigo. De esta manera, la narración nunca aburre. El Corralero envidia la muerte de Eloy. Es otra manera de morir en esa vida que ya se fue, pero que vuelve en su vejez, tan lacerada como si hubiera muerto combatiendo.

En los sueños que preceden a la muerte,

regresan todos los amigos: entre ellos, el Chivato Marín y el Flaco Manuel. Regresa su gran amor, Elisa Galdámez, la única que amó, y cuyo amor fue tan breve. Uno se pregunta si esa falta de amor del Corralero le llevó a matar. Si mató por no haber nunca sido capaz de amar o porque nunca fue amado, salvo esa vez. Allí está la llave de la muerte y de la vida.

Este es el bandolero de Enrique Volpe. Conviene saber que Volpe significa Zorro y este Zorro no puede pronunciar la "j", que transforma en "k". Conviene saber que llegó a Chile a los diez años, y es piamontés. Los piamonteses suelen llegar a ser cardenales que no se sabe si son beatíficos o intrigantes. Volpe, este Zorro de metro noventa, suele transformarse en terrateniente que promete regalar vaquillas a los poetas, lo cual queda en promesa. O es -hoy- tan buen poeta como mejor novelista, y le gusta comer en restaurantes que visitan Cabaleros de la Mesa Redonda ●